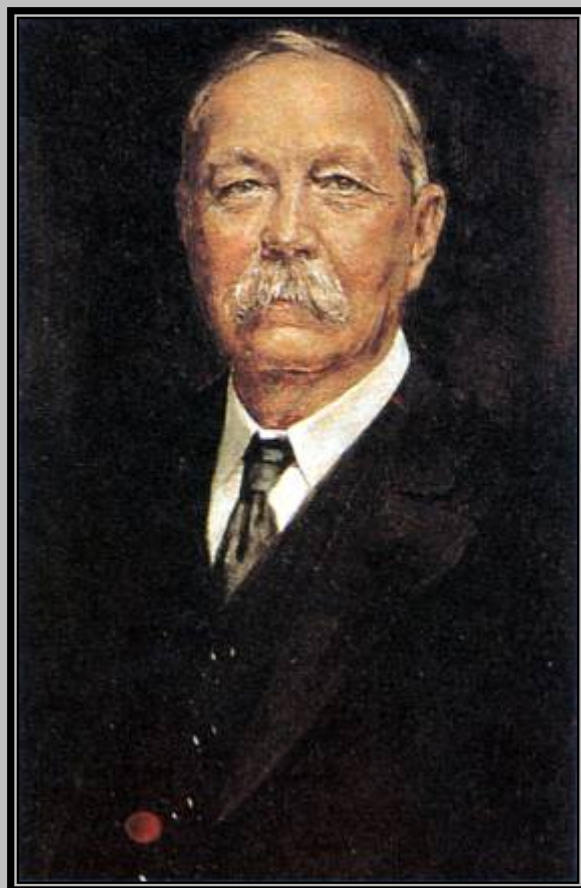


SIR ARTHUR CONAN DOYLE



Sherlock-Holmes.es

Capítulo XXIII. El polémico espiritismo

Con el transcurrir de los años, Conan Doyle estaba cada vez más convencido de la verdad de sus creencias. La construcción de la biblioteca y el museo, que dirigía personalmente, le habían convertido en una autoridad. Su compromiso y moderación hacían que muchas personas de todo el mundo contactasen con él para contarle experiencias propias y ajenas. Los más importantes médiums y espiritistas ansiaban conocer a Conan Doyle, en parte por su dedicación al espiritismo, y en parte porque era muy rico y además, lo que es más raro, generoso. Sin embargo, sus comentarios y escritos resultaban casi siempre polémicos. Sus detractores entendían que sus ideas iban en contra de la religión, y que para creer en la otra vida hacía falta fe, en vez de estrambóticas sesiones con duendes y espíritus. Pero en las propias filas del espiritismo había personas que, por miedo a lo desconocido o para evitar que las cosas perdiesen su proporción, se convertían a veces en auténticos y terribles fiscales.

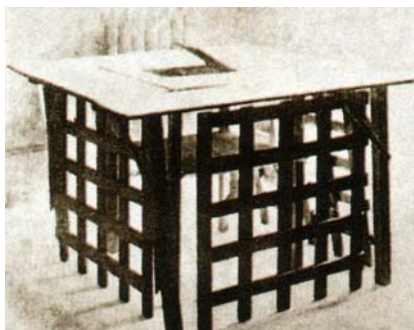


Conan Doyle conversando con el actor Ellie Norwood, genial intérprete de Sherlock Holmes, en 1921.

Harry Price.

En 1921, la Society for Psychical Research fue víctima de un escándalo que tuvo un gran eco en los medios espiritistas. En aquel entonces gozaban de gran renombre las sesiones de William Hope, un médium muy prestigioso cuyas fotografías, obtenidas durante las

sesiones, habían dado la vuelta al mundo. Pero Harry Price, un hombre duro de convencer e importante miembro de la Society for Psychical Research, desconfiaba de los métodos de Hope. En aquella época las fotografías se hacían sobre placas de cristal especialmente tratadas. Price encargó unas cuantas placas y las hizo tratar con rayos X, antes de entregárselas a Hope para que fotografiase lo que sucedía en una determinada sesión. La polémica surgió porque las fotografías obtenidas mostraban diversos fenómenos y apariciones, pero ninguna de ellas estaba tratada con rayos X. Se trataba de placas diferentes a las que Price le había entregado a Hope.



Mesa a prueba de fraudes, creada por Harry Price para sus experimentos con la médium Stella Cranshaw.



Harry Price utiliza diferentes instrumentos durante las sesiones de espiritismo, como este telekinoscopio de su invención.

Price y sus amigos alegaban que se trataba de un fraude, mientras que otros, entre los que estaba Conan Doyle, defendían al médium. Decían que, por una parte, los rayos X podían "desaparecer" por sobreexposición de la placa, o bien que alguien interesado en el fracaso de William Hope podía haberlas robado. La verdad es que las placas originales no fueron localizadas, y la teoría de la "mano negra" pareció ser la aceptada por casi todo el mundo. Las placas habían estado más de tres semanas guardadas en un cajón de la Society for Psychical Research, desde que Price las entregó hasta la sesión de William Hope. Cualquiera podía haberlas cambiado. Los celos profesionales en un medio que suscitaba tanta publicidad y dinero eran lógicamente frecuentes. Sin embargo, Harry Price, que era el causante de tanto alboroto, no era un escéptico. Simplemente, era un investigador escrupuloso que creía que se debía luchar contra el fraude con todas las armas a su alcance, porque éste era la causa de la desconfianza de la gente hacia el espiritismo. De hecho, la reputación de Conan Doyle había decaído en el mundo espiritista por su ingenuidad al publicar en *The Coming of the Fairies* las fotos que había enviado a Sir Oliver Lodge desde Australia. Dichas fotografías no admitían el mínimo análisis, y causaron un grave daño a la credibilidad de Conan Doyle.

El caso de Stella C.

Si alguna cualidad tenía el autor de Sherlock Holmes era la falta de rencor. En un determinado momento, podía ser tozudo y vehemente, pero jamás guardaba rencor al adversario. De hecho, a pesar de las críticas recibidas por parte de Harry Price y sus amigos, no dudó en alinearse a su lado en un caso que apasionó al país durante años. En 1923, en un viaje en tren, Harry Price ofreció una revista a una encantadora pasajera que viajaba frente a él. Se trataba de un ejemplar de "Light", la revista de los espiritistas británicos.

La joven viajera, cuyo nombre era Stella Cranshaw, confesó a Price que ella misma había provocado sucesos paranormales en algunas ocasiones. Podía mover objetos y provocar sonidos y luces extrañas.

Price quedó enormemente sorprendido por la naturalidad y sencillez con la que la joven, que sólo contaba veintitrés años, relataba sus experiencias. Al poco tiempo, la joven, que sería conocida desde entonces como Stella C., se sometía de buen grado a las pruebas de Price y de otros investigadores. En pocos meses Price había acumulado un dossier que convertía a Stella en una médium de la categoría de Eusapia Palladino o de Daniel Douglas Home. Durante las sesiones, Stella lograba tocar instrumentos musicales colocados en un lugar inaccesible o llegar a objetos protegidos.

Una de las cosas más sorprendentes de Stella era la placidez que mantenía durante las sesiones.



Fotografía de la gran médium Stella Cranshaw, más conocida como Stella C., hacia 1920.

Al contrario de otras médiums, como Kate Goligher o la propia Eusapia Palladino, Stella permanecía confortablemente sentada en su silla, controlando con gran facilidad sus movimientos. Los resultados obtenidos por Price y su equipo con Stella C., hasta el matrimonio de la joven, fueron los mejores obtenidos jamás en la historia de los fenómenos paranormales. Conan Doyle, en su incesante búsqueda de la verdad, apoyó incondicionalmente el trabajo de Price durante todos esos años.

Un huérfano llamado Erich Weiss.

Durante los años veinte, el mundo del espectáculo asistió con asombro a la aparición de un hombre, Harry Houdini, que con sus representaciones que mezclaban el circo y la magia, llenó durante años los teatros del mundo entero.

Su verdadero nombre era Erich Weiss, y había nacido en Budapest en 1874. Más tarde se trasladó a Estados Unidos, donde adquirió la nacionalidad del país y cambió su nombre por el de Harry Houdini, que le haría famoso en el mundo entero. Aunque escéptico con los fenómenos espiritistas, a Houdini le interesaba estudiar, por motivos profesionales, las artimañas que utilizaban algunos médiums. Todo ello, unido a que era hombre de sólidas ideas religiosas que le hacían creer en una vida después de la muerte, despertó su interés por el mundo espiritista.

Conan Doyle conoció a Harry Houdini en 1920, y pronto se hicieron grandes amigos. Durante un viaje de Houdini a Inglaterra, el mago visitó al matrimonio Doyle, y fueron días de alegría y diversión gracias a las demostraciones y trucos de Houdini y a la magnífica hospitalidad de Arthur y Jean Doyle. Cuando poco más tarde los Doyle hicieron un viaje por Estados Unidos, con escala obligada en Hollywood, donde se fotografiaron con las más famosas estrellas del momento, visitaron a su vez a Houdini. Doyle quedó gratamente sorprendido por la biblioteca que poseía el artista sobre temas relacionados con el ocultismo, ya que tenía libros que Doyle nunca había visto y otros de los que ni siquiera había oído hablar. Esto convenció a Doyle de que Houdini tenía verdaderos poderes y de que, con toda seguridad, era, sin saberlo, un gran médium.

Animada por su anfitrión, Jean Doyle, que había descubierto recientemente sus poderes como médium, organizó una sesión en casa de Houdini. El famoso mago, aparentemente impresionado, se permitió, sin embargo, escribir un artículo mofándose del espiritismo y en concreto de la señora Doyle. A partir de ese momento la relación entre los dos hombres se deterioró rápidamente, convirtiéndose en una enemistad declarada. Sir Arthur Conan Doyle podía aceptar cualquier ataque contra su persona, pero no contra su amada Jean.



A raíz de su matrimonio, Stella C. dejó de colaborar con Price en el estudio de los fenómenos espiritistas.

Capítulo XXIV. Un tiempo que se acaba

Pasaban los años y Conan Doyle aceptaba apaciblemente su paso. Tenía una esposa a la que amaba profundamente, le encantaban sus hijos, y su profesión iba viento en popa. En 1921 había estrenado con gran éxito la obra en un acto *The Crown Diamond: An Evening with Sherlock Holmes*, con Dennis Neilson-Terry en el papel del detective, y la compañía partió para una gira de larga duración. Ese mismo año publicó el relato titulado *La piedra preciosa de Mazarino* -basado en la obra de teatro *The Crown Diamond*-, que alcanzó el éxito acostumbrado. Al año siguiente, en 1922, John Murray publicó una colección en seis volúmenes con los relatos no holmesianos de Sir Arthur: *Tales of the Ring and Camp*, *Tales of Pirates and Blue Water*, *Tales of Terror and Mystery*, *Tales of Twilight and the Unseen*, *Tales of Adventure and Medical Life* y *Tales of Long Ago*. Aunque no era un jovencito, Conan Doyle poseía una salud y energía envidiables, que le permitían dedicarse en cuerpo y alma a sus actividades favoritas. Viajaba, trabajaba en sus novelas y tenía tiempo y ganas de embarcarse en defensa de toda causa que le pareciese justa y digna.



Sir Arthur Conan Doyle, en 1929, en su residencia de Windlesham. La salud del escritor estaba ya seriamente quebrantada.

El béisbol.

En 1923 publicó en el "Strand" *El hombre que reptaba*, una nueva aventura de Sherlock Holmes sobre un anciano profesor que quiere recuperar su juventud para conquistar a su amada. Poco después emprendió un nuevo viaje a un país que le encantaba, Canadá, que no le iba a defraudar una vez más, ya que esta nueva visita le permitió conocer un deporte poco practicado en Inglaterra, el béisbol. En Winnipeg pudo asistir a un enfrentamiento entre el equipo local y el de Indianápolis. Su fogoso temperamento le llevó a pensar que el béisbol era el mejor deporte, y decidió luchar para su implantación en Inglaterra. Su patriotismo le llevaba siempre a desear que todo lo bueno debía estar en su país. A su regreso en Inglaterra se dedicó a escribir prolijas cartas a los periódicos, contando las alabanzas del béisbol y vaticinando que sin ningún género de dudas era el deporte del futuro. Conan Doyle se había convertido en un habitual colaborador de todos los periódicos, desde los locales hasta los nacionales de gran tirada. Escribía sobre cualquier tema que le interesase, grande o pequeño, trivial o de importancia nacional. Su problema era que su fogosidad le llevaba algunas veces a adelantarse a los acontecimientos y caminar por terrenos resbaladizos, con el agravante de que, en su caso, todas sus cartas eran publicadas.

Los directores tenían olfato, y sabían que cualquier tema que tocara Conan Doyle, fuese éste

espiritismo, buenas maneras, deportes o la defensa nacional, creaba polémica y, lógicamente, se vendían muchos periódicos. Muchos famosos que hubieran permanecido indiferentes ante las críticas de un ciudadano común, se sentían en la obligación de responder con presteza a cualquier comentario del popular autor de Sherlock Holmes.

El adiós de Sherlock Holmes.

En 1927, John Murray, en Gran Bretaña, y George H. Dorar, en Estados Unidos, publicaron *The Casebook of Sherlock Holmes* (*El archivo de Sherlock Holmes*), que reunía las últimas aventuras que Conan Doyle había escrito sobre el detective de Baker Street. Además de los ya citados, *La piedra preciosa de Mazarino* y *El hombre que reptaba*, incluía: *El cliente ilustre*, *El soldado de la piel decolorada*, *Los tres gabletes*, *El vampiro de Sussex*, *Los tres Garrideb*, *El problema del puente de Thor*, *La melena de león*, *La inquilina del velo*, *La aventura de Shoscombe Old Place* y *El fabricante de colores retirado*. En el prefacio, Conan Doyle explicaba que había llegado la hora de que el señor Holmes desapareciera. Tres generaciones habían disfrutado de sus aventuras pero -comparándolo con los grandes tenores- le había llegado la hora de dar su último saludo en el escenario.



Ilustración de Steel para la publicación, en 1923, del relato *El Hombre que reptaba*.

Conan Doyle había mantenido siempre una relación de amor-odio con su personaje. Ya al final de *Las aventuras de Sherlock Holmes*, había pensado en hacer que desapareciera, pero el sabio consejo de Mary, su madre, había conseguido mantener vivo al detective. Odiaba a Holmes y, probablemente, estaba celoso de su enorme popularidad, pero no podía dejar de amar las enormes ganancias que le producían sus aventuras.

Escribir *Las memorias de Sherlock Holmes* fue superior a sus fuerzas y, al final de las mismas, le precipitó por las cataratas de Reichenbach, en Suiza, junto con el profesor Moriarty. Había recurrido más tarde a él para hacerlo protagonista de su novela *El perro de los Baskerville*, sin duda la más brillante producción de Sir Arthur, a medias entre la novela gótica y la de detectives. Aunque en *El perro de los Baskerville*, y en toda la publicidad que rodeó el lanzamiento, Conan Doyle había dejado bien claro que Sherlock Holmes continuaba muerto y que la nueva aventura era anterior al accidente de Suiza. Las irresistibles ofertas económicas le habían obligado a resucitarle, con gran alegría de los seguidores del

detective en todo el mundo. La propia Agatha Christie relata en su *Autobiografía* cómo leía con deleite las aventuras de Sherlock Holmes en su infancia. El doctor Watson, un personaje mucho más en la línea de Conan Doyle, refleja en cada momento los sentimientos que el autor mantiene hacia el detective. A veces lo tacha de cruel, egoísta, anárquico, y otras lo convierte en un ser reflexivo, compasivo y hasta con algún viso de ternura. Pero todo tiene un final, y para Sherlock Holmes, aunque está para siempre en el corazón y la biblioteca de los lectores, había llegado el momento del adiós. La verdad es que *El archivo de Sherlock Holmes* refleja de forma notable el cansancio del autor. Algunas historias son de una simpleza alarmante, otras recuerdan demasiado a anteriores aventuras del detective; con la excepción de *El cliente ilustre*, ninguna merecería incluirse en el cuadro de honor de las aventuras de Sherlock Holmes. Finalmente, Conan Doyle comprendió que ya no podía salir de su pluma ninguna otra aventura del genial detective. Una gran época del escritor tocaba a su fin y, aunque probablemente embargado por la nostalgia, cerró con una sonrisa un libro que comprendía casi toda su vida, agradeciendo la fama y el dinero que había obtenido.



Arthur Conan Doyle con sus hijos Malcolm, Billie y Denis, y su secretario A. H. Wood en la playa de Wittering, en 1922.

Capítulo XXV. Un viajero infatigable

Cuando en otoño de 1928 la familia Conan Doyle inició un largo viaje a Sudáfrica, Kenia y Rodesia, los médicos le advirtieron de los peligros de aquella locura, pero nada amedrentaba al siempre inquieto aventurero. Denis, Adrian y Jean, los tres hijos del matrimonio, acompañaron a sus padres en este viaje. Aunque los chicos habían crecido, sentían un gran respeto por su progenitor. De hecho Jean, que estaba a punto de cumplir diecisiete años, no tenía intención de ir, pero temeroso de que su decisión pudiese disgustar a su padre, cambió de idea. Los tres jóvenes, aunque educados en gran libertad, tenían en gran consideración las opiniones de su padre. Conan Doyle era inflexible con ellos en temas de moral y buenas costumbres, y una sola mirada suya bastaba para indicarles que habían rebasado el límite. Al final de la vida de su anciano padre, el cariño, más que otras consideraciones, era el responsable de que los chicos acatasen las órdenes paternas. A su llegada, la familia Doyle fue recibida por las autoridades sudafricanas con todos los honores destinados a las celebridades. El país había cambiado mucho desde la ya lejana guerra de los bóers y, salvo en Capetown, donde el ambiente inglés era frío y bastante hostil para el gran defensor del imperialismo inglés, en el resto de las poblaciones Conan Doyle fue recibido, como ya estaba acostumbrado, con entusiasmo y grandes muestras de afecto. En Sudáfrica se sentía un gran interés por el espiritismo, y Conan Doyle dio numerosas conferencias en diversos centros del país. La prensa local, en cambio, estaba más interesada por conocer si Sherlock Holmes estaba acabado o no. Desgraciadamente, las últimas aventuras publicadas no incluían ningún relato nuevo. En octubre de 1928 Murray había publicado un compendio de todas las historias cortas, con el título *The Complete Sherlock Holmes Short Stories*.



*Sir Arthur Conan Doyle, al final de su vida.
A pesar de su delicada salud, mantuvo hasta
el último momento su espíritu aventurero.*

Las sombras de Alemania.

Conan Doyle, gran aficionado a la Historia, sabía que en muchos casos la derrota no sirve más que para exacerbar los sentimientos de la gente. El orgullo y la sed de venganza les impide aprender de los errores del pasado, y esperan agazapados una nueva ocasión para volver a intentarlo. Su conocimiento bastante exacto de la situación interior alemana, a través de sus amigos espiritistas, le hacía barruntar nubes de tormenta. Algo terrible se estaba gestando en Alemania, y el extremismo de algunas posturas inquietaba profundamente a Conan Doyle. Algunos de sus amigos alemanes judíos le transmitían sus temores. Varios de ellos estaban pensando en abandonar el país, conscientes de que se acercaban malos

tiempos para los de su raza.

A pesar de que no era joven, su gran sentido de la justicia hizo que se movilizara, enviando cartas a sus amigos del Parlamento y publicando artículos que anticipaban al público el inminente peligro que suponía para los judíos la situación de Alemania. Inglaterra debía modernizar su ejército y prepararse para detener de nuevo las megalomanías de su vecina Alemania. El futuro de Europa no le parecía nada esperanzador al padre de Sherlock Holmes.

El principio del fin.

En 1929, desoyendo una vez más el consejo de los médicos, Conan Doyle inició un nuevo viaje a Holanda y a los países nórdicos.

Tal como se temía, fue demasiado cansancio y demasiadas emociones y, a su regreso, sufrió un ataque al corazón. A pesar de que todo el mundo intentó que el viaje fuese lo más tranquilo posible, su espíritu aún joven no cuadraba con el cansado corazón de un hombre de setenta años. En julio de 1929, Conan Doyle publicó la que sería su última obra de ficción: *The Maracot Deep and Other Stories*. El libro reunía una serie de relatos de aventuras. Había uno, *When the World Screamed*, con el profesor Challenger de nuevo, que era el preferido de Conan Doyle y le hacía sentirse particularmente orgulloso. Una carta de Conan Doyle al "Morning Post" creó una nueva polémica en todo el país. En ella Doyle explicaba cómo en una noche que estaba despierto había oído pasos en el pasillo y una tos. Doyle se había levantado y comprobó que no había nadie en el pasillo. A los pocos días la prestigiosa médium Gladys Leonard, que había alcanzado una gran fama por ponerse en contacto con Raymond, el hijo de Sir Oliver Lodge, muerto en la primera guerra mundial, escribió a la señora Doyle. Le contaba que durante uno de sus trances había visitado astralmente su casa. El día y la hora coincidían con el incidente de los pasos y la tos narrados por Doyle. Aunque la historia era muy reconfortante para un anciano en puertas ya de la muerte, los lectores del periódico no opinaron lo mismo y una innumerable cantidad de cartas llegaron al buzón de la redacción. La mayor parte opinaba, con mejor o peor gusto, sobre la salud mental de Sir Arthur. De todas las formas, la que menos le gustó al escritor fue la de un lector que opinaba que había recibido la visita de un ángel, anunciando su muerte. Como es lógico, Conan Doyle encontró la carta de un gusto más que dudoso.



*La familia Doyle en Hollywood,
con Mary Pickford y Douglas Fairbanks.*

La muerte de un personaje.

La salud de Conan Doyle, a partir del ataque al corazón que había sufrido, iba empeorando. A pesar de los cuidados y de su férrea constitución, los dolores de espalda aumentaban día a día, y estaba cada vez más débil e irritable. Cada mañana le costaba más esfuerzo levantarse de la cama, y regresaba a ella con más agrado. Conan Doyle sabía que el final estaba cercano, y lo aceptaba serenamente. Sabía que iba a reunirse con sus familiares y amigos que le habían precedido, y que allí esperaría plácidamente hasta que Jean fuera a reunirse con él.

El día 7 de julio de 1930, Sir Arthur Conan Doyle entregó su alma mientras contemplaba los pájaros del jardín desde la ventana de su dormitorio, sentado en su sillón favorito. Para su familia fue como si se hubiese dormido. Él seguía allí con ellos. De acuerdo con los expresos deseos del escritor, el funeral se celebró en Windlesham, la casa familiar de Crowborough, en la mayor intimidad. La familia recibió miles de mensajes de condolencia de todo el mundo. Desde jefes de Estado e ilustres artistas hasta los más modestos lectores de las aventuras de Sherlock Holmes, todos querían dar su testimonio de aflicción por la muerte de un hombre bueno. Aunque sus numerosos detractores le habían tildado de tozudo, ingenuo y otros epítetos, jamás nadie puso en duda su mayor virtud: la bondad. Como un personaje de una de sus novelas, Sir Arthur Conan Doyle había dado su último saludo en el escenario.



La tumba de Conan Doyle en Windlesham.